

Entrevista a **Alfons Cervera**

Del dolor que se **enquist**a en la carne

por Miguel Riera

Poeta, novelista y **columnista**, Alfons Cervera es uno de los mejores escritores de este país. Su obra ha ido madurando libro a libro, hasta convertirse en un extraordinario estandarte de lo que ha de ser la literatura: una prosa bellísima utilizada para narrar aspectos esenciales de la condición humana. Su última novela, *La sombra del cielo*, acaba de llegar a las librerías.

-Seamos honestos con el lector y empecemos dejando claro que tú y yo somos viejos amigos, que yo he repetido a quien me ha querido oír que considero tu obra de una calidad excepcional en nuestras letras, y que este juicio de valor lo emito con absoluta independencia de nuestro mutuo afecto. De modo que, dicho esto, ahí va la primera pregunta: tu nueva novela, "La sombra del cielo", se desarrolla en los mismos escenarios que las novelas que integran tu "Trilogía de la memoria", "Maquis" entre ellas. También aparecen personajes comunes... ¿En qué medida puede considerarse integrada en ese ciclo?

-En la medida que surge de una misma conciencia del escritor que dices que soy y de esa otra que como individuo me resisto a disgregar de la primera. Uno es en sus libros y en la calle y lo demás son gaitas. En ese sentido, pues, "La sombra del cielo" recupera aquel espíritu **reivindicativo** de una memoria machacada, la de quienes perdieron la guerra del 36 y que, mira por dónde, la siguen perdiendo desde entonces. En esta novela vuelven a aparecer personajes de la trilogía; unos que ya eran importantes entonces lo siguen siendo ahora y algunos que apenas ocupaban espacios surgen con fuerza en estas páginas. Hay aquí, por eso, una continuidad en

cuanto a los protagonistas de la historia. Añade a todo ello la misma identidad territorial, los **enfrentamientos** entre esa tradición fascista que nunca acaba de desaparecer en pequeñísimos pueblos como el mío (**Gestagar**) y en comarcas como la que retrato en mis novelas, esa Serranía a la que las excavadoras mineras a sueldo de los millonarios **azulejeros** están destrozando con una impunidad que pone los pelos de punta.

-Tu prosa es exquisita, a veces casi poética. ¿Qué valor le das a la forma en relación al viejo tema de los desencuentros y encuentros entre forma y fondo?

-Esos desencuentros siguen, desgraciadamente, para esconder con ruido de fondo lo que de verdad interesa: si un libro es bueno o una mierda. Cierto que el **experimentalismo** de los sesenta dio de sí lo que dio y sus consecuencias fueron claras: quedó lo que además de juego de artificio tenía tripas que no paraban de palpar después de la digestión pesada de los mil lenguajes puestos en liza para contarse a sí mismos o a una historia que transcurría en las orillas de esos lenguajes. Lo mismo, palmo arriba o abajo, sucede ahora mismo, a lo mejor con más insistencia que nunca. Y en eso hay que ser muy

claro: **mire usted**, déjese de marear la **perdiz y cuénteme** bien lo que me **tenga** que **contar**. Y si lo que me quiere contar es cómo las palabras se retuercen sobre sí mismas **como** culebras encabritadas pues encabrite las palabras y adelante con los faroles. O si lo que pretende es quedar como un **contador** de historias en que las palabras no se retuercen sino que están al servicio de lo que se cuenta, pues ármese **de** valor y no **tema** adentrarse en las oscuridades **que** todo relato encuentra para seguir adelante. Que el **desencuentro** entre forma y fondo siga en la palestra del debate actual sobre la literatura me parece una **gilipollez** que la **literatura** **no** se **merece**.

-Antes has dicho que los que perdieron la guerra hoy aún la siguen perdiendo. O sea, que la Transición no fue borrón y cuenta nueva.

-Pues claro que no fue borrón y cuenta **nueva**, **ni** que muerto el perro se **acabó** la rabia, ni esas frases hechas que conformaron la palabrería hueca de aquellos años, La Transición fue un **tiempo** histórico pactado, y digo tiempo histórico **en** la medida que allí dentro, en su duración, andaban como Pedro por su casa hechos que marcarían la historia **de** este país y personajes que **iban**

a decidir qué país y en qué condiciones de dignidad íbamos a vivir a partir de entonces. La Transición fue la representación de las estrategias **políticas** de la derecha y de la izquierda reformista y revisionista, **con los ojos** alucinados de quienes desde las orillas respondonas preguntábamos por qué no se rompía con los parámetros más siniestros de la dictadura. Luego, en medio de esa Transición, sucede lo del 23-F una circunstancia que, **si** se **mira** bien, todavía incide más en esa decisión **pactista** de dejarlo todo atado **y** bien atado con **los** lazos del franquismo: ejército salvador, monarquía salvadora heredada de la dictadura, iglesia con sus privilegios **intocados**, una economía que no miraba más que el ombligo del **liberalismo** emergente, una cultura que empezaba a dar señales de agotamiento en sus primeras formulaciones más o menos novedosas (cine, canción de amor, **teatro**...). La Transición es el **triunfo** de la derecha sobre los compromisos que la izquierda debería haber defendido con uñas y dientes. Y luego está el capítulo de esa **falsa** tranquilidad que **se** vende de aquellos años primeros, **los** de después de morirse Franco. **Lo** dice muy claramente **Pierre Vilar**: **hubo** menos muertos en la revolución portuguesa de abril que en la transición española a la **demo-**

cracia. Capítulo **aparte merecería** esa segunda transición (ya no sé ni por la que vamos ahora mismo, pero está claro que no ha terminado todavía) que protagonizan los años de gobierno del PSOE. Un capítulo aparte y no **precisamente** feliz para la izquierda...

-En esa segunda transición, **los medios de comunicación nos informaban reiteradamente de que se estaba produciendo una explosión en el mundo de la creación cultural... Ya sabes, la famosa "movida madrileña", un relevo cultural generalizado vinculado a la llegada de otras gentes al poder político... ¿Cómo enjuicias ahora, a la distancia, esa supuesta explosión?**

-Todo era un bluff. Coincidió, además, **con un cierto** auge del pensamiento postmoderno. No alcancé muy **bien a ver en** profundidad los fundamentos de ese movimiento, pero me dio la sensación de que al vacío que para sí mismo reclamaba se añadió el otro vacío: esa superficie plana que era la cultura de entonces. Plana y resbaladiza. Sin nada en las entrañas. Recuerda, si no, **entre otras cosas**, la onda musical que comentas de la "movida madrileña", las artes plásticas, aquel cine que principalmente proclamaba la inocencia **de** sus discursos. Y digo inocencia en la medida que sus personajes se presentaban como adolescentes desconcertados recién salidos de la negra noche **de** la dictadura. Todo era un **bluff**: ¿qué quedó de aquel cine, de aquellos grupos musicales, de los artistas que más que artistas eran diseñadores anclados en una estética del usar y tirar y, evidentemente, nada sujeta a compromiso ideológico alguno? Es como si cada época política necesitara inventarse a **sí misma** en su propia cultura, mira si no lo que está pasando ahora con el **PP**: nadie diría que el cine español es una ruina (sólo dos o tres películas al año se sacuden **de** encima la bancarrota para sus productores), ni que el lujo de la literatura **es** mentira. La gente va a ver películas americanas y no lee **absolutamente** nada. No hay obra **de teatro** que vaya más allá de los monólogos: es barato, claro) y hoy, en cualquiera de los apartados de **la cultura**, es el sálvese quien pueda en un tiempo cultural que **parece** diseñado por su principal enemigo.

*-Sin embargo, esa falsa cultura fue apoyada y **promocionada** desde un **gobierno de izquierdas**, el del **PSOE**, que había despertado muchas esperanzas. ¿Qué debería hacer un gobierno de izquierdas en relación a la cultura?*

-Pues sí, ya lo comentábamos antes, al hablar de la Transición, cuando yo decía lo del punto y aparte **que** merecía una reflexión sobre cómo se montó el Partido Socialista sus años de gobierno en relación con la cultura, la democrática y la otra. Sobre la **democracia** quedan lastimosamente demasiadas referencias **a un** talante autoritario. Ahí quedan frases lapidarias como la de Alfonso Guerra, "quien se mueva no sale en la foto". Eso dentro del partido, afuera, la cosa era de la misma, si no más, envergadura. Hubo, se quiera o no, y sin comparar **esa** época con la anterior, ni siquiera con la de ahora mismo, la **aznarista**, una arrogancia que se asemejó demasiado al caudillismo. Ahí estaba Felipe González con sus amenazas de abandono si su **partido** mantenía **lo** del marxismo. Y los diversos desplantes que hizo a sus colegas por diferentes motivos. Ahora anda **todo** dios ocupado en la recuperación de la memoria histórica, pero ahí se perdió una gran oportunidad, con los sucesivos gobiernos **del** PSOE en 14 años y en algunos de los **tramos** gozando de mayorías absolutas, no recuerdo si en **todos**. El mismo Alfonso Guerra, ahora **enfrascado** en sus documentales y exposiciones sobre el exilio, fue el enemigo más rotundo de cualquier intento de recuperación de aquella memoria, decía que esos recuerdos eran pura arqueología, impedimentos para la reconciliación y esas bobadas. Pero bueno, todo eso estuvo ahí y ojalá que si el PSOE vuelve a gobernar no cometa errores como aquellos. No digo yo que nos saque de la OTAN, pero si aquellos errores sirven para algo es para que no vuelvan a repetirse. Como dijo **José-Carlos Mainer** en **un** texto sobre Max **Aub**, "el pasado al que se pertenece se convierte en **paraíso** perdido, lugar mágico que sólo la memoria puede visitar". Desde esa memoria, quien gobierne, si quiere gobernar de verdad desde la izquierda, ha de empezar asumiendo esa condición de izquierdas, una condición que ha de dejar de ser de una **puñetera** vez vergonzante y casi secreta, embarullada en los silencios cómplices de la desmemoria, demasiado cercana **siempre a** la doctrina de una derecha que no parará de incordiar con sus amenazas y demagogias permanentes. A ver si de una vez en este país ser de izquierdas no supone una maldición, una manera de vivir medio clandestina en medio de una democracia que, al **paso** que **vamos**, acabará siendo una democracia invisible.

-Resulta claro que tu diagnóstico sobre la situación cultural de este país es claramente pesimista. ¿Cómo lo remediamos?

-Tomándoles la delantera, convirtiéndonos en salteadores de caminos, asustándoles con iniciativas que les descoloquen. ¿A quién? A ellos, a quienes deciden lo que ha de estar en los escaparates de la cultura y aquello que nunca debe ver la luz porque esa luz supondrá a medio, corto o largo plazo las sombras del sistema. Vivimos en un sistema arrogante, que sabe lo difícil que resulta abrir brechas en su envergadura acorazada. Pero esas brechas son posible, es posible nuestra capacidad para sorprenderles, para cogerles mirando a otro sitio, un sitio que siempre será el de su ombligo lleno de telarañas y lenguajes complacientes con su identidad autoritaria y excluyente. Mira lo que ha pasado con la guerra y los desastres del **Prestige**: que se les ha caído la máscara, que ya no pueden ir por la vida esos del **PP** diciendo que son del centro ideológico y esas marrullerías. Ahora, ya ves, andan desesperados, atomizados en su frágil arquitectura de partido en ruinas, sorprendidos como te digo en su desnudez idiota y esa moral de tahúres que siempre caracterizó sus maneras de gobernar. Pero, ojo, no hay que hablar sólo del **PP** y sus políticas más antiguas que el monolito de **Kubrick**. Habría que empezar a reflexionar sobre las concentraciones de poder cultural, sobre el monopolio de ese poder que ya empieza a ser preocupante, sobre lo difícil que hoy resulta encontrar un vehículo mediático capaz de acoger y divulgar discursos alternativos, no controlados por quienes ordenan y mandan en eso que se ha venido a llamar pensamiento único. Es posible, ha de ser posible, desarmar, volver a dibujar, desde otros modos de producción cultural (y discúlpame la vieja nomenclatura), eso que **Susan Sontag** llama mapas arcaicos de la conciencia.

-Rectifico: no te veo pesimista, sino guerrero. En lo que concierne a la literatura, ¿crees que puede hablarse en España de un pensamiento único?

-Pues claro que sí. A ver si va a resultar que la literatura es un territorio acorazado contra el desastre: no sé en otros tiempos, pero ahora no hay dios que pueda escaparse de los tentáculos del horror. La industria anda enloquecida, no sabe si dar dos pasos adelante o convertirse en cangrejo y darle la espalda al futuro definitivamente. Las ediciones son esmirriadas, sólo algunos títulos, algunos muy escasos títulos por otra parte, salen a la calle con un elevado número de ejemplares, el resto ape-

nas si van a cubrir gastos de edición y a ver qué pasa. La eclosión de las ediciones de quiosco ha despistado a los grandes grupos que ya no saben qué hacer con tanto chicle en las manos. Y esa situación de desbarajuste, de tensiones en la industria, se nota en la literatura que se hace, en la que se vende, en la que se hace para vender, ya desde que quien la escribe sólo tiene una leve idea en la cabeza acerca de la historia que va a contar, en la que intenta mantener una miaja de dignidad en el mercado, ya que al margen del mercado no puedes estar porque te mueres. Y al decir mercado me refiero, sólo, al derecho y necesidad de ocupar un espacio, aunque sea mínimo, en los estantes de las librerías. Por otra parte, en un país donde no lee ni dios, nosotros nos dedicamos a discutir sobre si es mejor escritor quien se preocupa más de la historia que del lenguaje o aquel otro que se lo monta de todo lo contrario. ¡No me jodas, que me da la risa! Escribir, como decía **Onetti**, es una necesidad. Decía el ilustre borracho que hay dos clases de escritores, los que quieren ser escritores y los que escriben sin parar. Él, claro, era partidario de los que escriben. Desprecio profundamente a esos genios que se las dan de tener obras maestras esperando que crezcan en los cajones. ¡Y una mierda!: en los cajones sólo crecen las polillas y las ratas. Bueno, todo esto para decir que la literatura no atraviesa precisamente su mejor época, pero sobrevivirá, claro que sobrevivirá, a pesar del pensamiento único, de los problemas de la industria, del escaso nivel de lectura, de los rifirrafes tontos entre quien escribe. Los libros, digan lo que digan y se empeñe quien se empeñe, seguirán siendo necesarios para que al menos no nos falte una página donde reconocernos y un rato sólo nuestro para acudir felizmente a su reclamo.

-¿Y por qué no se lee en este país? ¿Es como en otras partes? ¿Qué hace falta para que se lea?

-No sé lo que se lee en otros sitios. Sé que aquí los libros son un lujo y desde esa condición el gobierno los grava con sus impuestos. Vivimos una cultura de usar y tirar, de comer, tragar como las vacas y luego regurgitar esa

comida para volverla a tragar como si nada. Eso del pensamiento único que decías antes. A este país no llegó ninguna revolución, las que se intentaron acabaron como el rosario de la aurora y cuando hubo la posibilidad de, al menos, romper con un pasado atroz, no rompimos. Ahí, en la Transición política, perdimos la oportunidad de inventarnos una cultura auténtica de la democracia, de romper los moldes culturales (?) del franquismo, de construir las bases para que el país saliera de su noche amarga y mirara adentro y afuera con la dignidad que la dictadura le robó a golpe de bombas y fusilamientos, de robarnos la conciencia y de incrustar en esa nueva conciencia algo que se parece a la culpa. No sé si el miedo a las rupturas, si esa culpa que nos ata al horror como si fuéramos nosotros tan culpables como quien lo provocó, hizo que la izquierda mantuviera la cultura de antes, la del silencio, la del conformismo, la de la rutina, la de la pasividad. Y en esa cultura, que no era nueva sino la de siempre con **ligerísimos** matices, tiene lugar el panorama que dices: aquí no lee ni dios. En esa cultura del usar y tirar, de la pasividad, las propuestas fáciles de digerir, las que no cuestionan ningún estatus ni incordian las conciencias de la gente, son las que tienen éxito: la televisión basura y esas cosas. Este país es un país conservador, mande quien mande. Porque aunque vuelva a gobernar el **PSOE**, las cosas cambiarán sólo ligeramente:

no sé si la cultura será una de esas cosas. Tengo mis dudas: cuando pudo haberlo hecho no lo hizo y si tenemos en cuenta que la cultura saca al personal de la somnolencia, es muy posible que ningún gobierno esté decidido a cambiar esa somnolencia por un despertar crítico que cuestione lo que le rodea. ¿Qué hacer para que la gente lea más?: no lo sé. A lo mejor, escarbar en lo más profundo de nosotros mismos, obligar civilmente a las rupturas con el pasado y con el horror del pensamiento único y la **globalización** de la desgracia, presionar rígidamente a los partidos (ahora por ahora, la única forma orgánica de formar gobiernos y ocupar escaños en las instituciones políticas) desde fuera para obligarles a cambiar ellos mismos y de paso su manera de tratar a la ciudadanía como si fuera imbecil.

-El personaje central de "La sombra del cielo" es un argentino que huye a refugiarse en Los Yesares, sin que nadie sepa a ciencia cierta porqué. Tengo entendido que partes de un hecho real...

-Sí. Creo que siempre partimos de hechos reales antes de que deshagamos el armazón de esos hechos y nos

pongamos a construir con sus despojos otra historia. Un día llegó a **Pedralba**, un pueblo muy cercano a **Gestalgar** y donde vivo a la vez que en el mío desde hace muchos años, un argentino. Vino porque, según contaba, había visto en **internet** referencias a ese lugar: que si había allí un tipo que escribía novelas, que si un taller de arte, que si un museo de Arte Contemporáneo de mucha dignidad, que si la tradición anarquista en ese sitio, que si yo qué sé. El caso es que dejó **Suecia**, donde vivía, y se vino a **Pedralba**. Fue precisamente en los días en que yo publicaba "Maquis". Y hablábamos mucho de todo, de política, de literatura, y se mezcló con la vida de la gente desde una actitud abierta por parte de todos. Sin embargo eso duró poco, en vez de vivir en el pueblo empezó a construirse una casa en el campo porque decía que hacía esculturas de barro, que luego dejaba secar al sol, y con ese alejamiento tuvo lugar también el otro, el que acabó con las conversaciones, casi con la presencia suya en el pueblo. Y es que no se podía hablar nada con él, y mucho menos de Chile o Argentina, con él no podía hablarse de nada de eso. Simplemente contestaba que no le interesaba, que en Argentina todo era horror, antes y después, vamos, que no decía ni mu, silencio absoluto. Y un buen día, nos llaman de un hospital de Valencia y nos dicen que se ha muerto. Está enterrado en Pedralba, nadie sabe nada de quién era ese hombre, ni a qué vino, sólo nos queda la **extrañeza**, sólo eso. Lo que hago en "La sombra del cielo" es rescatar ese pedazo de historia real y ponerme a elucubrar acerca de la extrañeza que nos quedó a la gente después de su muerte...

-Resulta llamativo que hayas escogido para reivindicar la memoria a un personaje que la rehuye.

-Es que la memoria es algo que va y viene, que hoy te engancha con todo lujo de detalles y mañana se te niega porque hay algo en la operación de recordar que te resulta repugnante. En esa selección a la hora del recuento reside la complejidad de la memoria. Recordamos lo que queremos y al recordar, como decía Caballero **Bonald**, mentimos. El personaje argentino que llega a Los Yesares no viene a recordar nada, no sé si a olvidar, en cualquier caso llega al culo del mundo porque a lo mejor en el culo del mundo se puede morir tranquilo sin que le ahoguen los recuerdos. En todo exilio hay algo de misterioso, de obstinada voluntad de seguir vivos aunque a veces se confundan en el tiempo del destierro la vida y la muerte. Porque siempre hay medio exiliado fuera y medio dentro del sitio de donde

se parte y **en el** que se **elige** para el desembarco. El **argentino** de "La sombra del cielo" busca a lo mejor un paisaje donde la nieve no **le** deslumbe, donde pueda **afrontar** tranquilo, entre las luces y las sombras en **que** sobrevive el **transterrado**, su propia vida y por qué no, sus recuerdos. **Pero** cuando **llega** el momento de enfrentarse a su memoria, empujado **por la** misma memoria del lugar que le acoge, en ese choque se **le** destapan demasiados horrores para que pueda asumírselos tan de golpe. **Por eso** renuncia a la palabra, por eso, quizá, se recluye en **el** mutismo cerril que nadie entiende. Al cabo, al **final** de toda memoria hay **una** habitación cerrada a **cal** y canto en la que entramos a gusto o fingimos que hemos extraviado la llave durante el viaje de regreso. Y si **decidimos** esto último, pues no nos queda **más** remedio **que** darnos la **vuelta** y seguir **huyendo**.

-En la novela, algunos de los habitantes de Los Yesares tienen cicatrices que siguen sin cerrarse. ¿También eso está extraído de la realidad?

-Eso es lo más real de toda la novela. Si la cultura democrática no ha llegado en su exacta dimensión a ninguna parte, mucho menos lo ha hecho a aquellos sitios apartados del mundo, donde las gentes **viven** todavía las diferencias trágicas que surgieron después de la guerra, En esos **pequeños** pueblos siguen viviendo quienes señalaban a los rojos para que los llevaran a la **cárcel**, los fusilaran **directamente** o recibieran palizas impresionantes esas gentes o sus familiares. Y junto a ellos, junto a ese vecindario **también** siguen viviendo los **otros**, esos que sufrieron aquellas delaciones, sus familias, lo que queda de dignidad en el silencio **de** sus casas. Y **también** el miedo, sobre todo el miedo. **Y** ya **ves** qué paradoja: hace casi treinta años que se murió Franco y en **pueblos** como el mío u otros parecidos, **metidos en los agujeros**

de las montañas y de la memoria machacada, **aún** la gente mayor mira a su alrededor cuando te cuenta algo sobre aquel tiempo. Quien dice que la derecha ha evolucionado a posiciones democráticas debería darse una vuelta por la Serranía valenciana, por ejemplo, y ver cómo **actúa** esa derecha, cómo **actúan** aquellos viejos fascistas que todavía viven o sus mismos hijos o nietos. Todos **están** ahora en el **PP**, absolutamente todos. Para que te hagas una idea, te voy a contar una **historia** ridícula pero que te pone los pelos de punta. En el año 1986, gobernando los socialistas, se construye el nuevo ayuntamiento. En el 91, gana las elecciones el **PP** y lo primero que dicen es que ellos no entran en un ayuntamiento socialista. ¿Y qué hacen esos desgraciados?: pues construir otro ayuntamiento. Así es la calaña de **esa** derecha, para que luego te vengan con su reciclaje centrista. En mi novela, ése es el paisaje que se encuentra **el** argentino que llega a Los Yesares huyendo no se sabe de qué fantasmas. Y es ahí, en ese **encuentro** de identidades escondidas en una complejidad rabiosa, donde se produce **el** choque de pasado y presente, de exilios interiores y extrajeros, de dolor insoportable porque así es el dolor que se **enquista** en la carne del recuerdo y en la conciencia de **los perdedores**.